

X ANGEL MODESTO PAREDES

X De la Enseñanza de las Bellas
Artes en los Colegios



ÁRCO IRIS
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Capítulo de una obra en prensa
sobre problemas educacionales.

DE LA ENSEÑANZA DE LAS BELLAS ARTES EN LOS COLEGIOS

El.—Nos aproximamos con rapidez al país calificado universalmente como la cuna del arte. ¿Crees que le corresponde a Italia este calificativo por sobre tantos y tantos pueblos que le precedieron en los dominios artísticos o que exaltaron otras formas estupendas de realización en este campo? La magnitud de los monumentos egipcios y su riqueza decorativa donde circula un hálito de eternidad, según acontece aún en sus artificiales reconstrucciones, como los experimentos en el Museo del Louvre, ¿no son dignos de tomarse en cuenta como el origen y el despertar de esos aspectos de la inteligencia en el hombre? El que, con frase casi obligada al nombrarlo, se llama el milagro griego, ¿no es el antecedente necesario de las realizaciones humanas de las culturas que vivimos? La profundidad en los siglos del espíritu religioso y los misterios de la naturaleza aún no revelados que creara las maravillas de lo gótico, ¿no son títulos de supremacía mayor acaso que la exhibición suntuosa y decorativa de lo italiano? Los éxtasis del alma navegando en ondas sonoras y la orquestación de las mil voces de la naturaleza que conciertan y desconciertan nuestras emociones, ¿no serán las verdaderas expresiones de la alcurnia intelectual del mundo contemporáneo, hallándose entonces sus más acabadas muestras entre los compositores alemanes y austriacos? La riqueza, flexibilidad y nitidez de la literatura en Francia, que nos ha ido enseñando a pensar con claridad no obstante la hondura del tema elegido, ¿no significan la realización mejor del alumbramiento del arte que nos contagia y dignifica? Y así en otros varios ejemplos muy expresivos.

Yo.—Grandes verdades has dicho y en muchos puntos tus afirmaciones son dignas de meditarse. No obstante eso, creo que al señalar a la Península Italiana como la madre de nuestras formas expresivas, procedemos con justicia y debemos mantener el reconocimiento; sin que eso signifique olvido ni menosprecio de las prodigiosas muestras del ingenio y de los esfuerzos de la inteligencia a las que te has referido.

La cronología desde luego estaría de tu parte: muchos centenares de siglos antes de la historia, desconocidos artistas nos dejaron muestras patéticas de pintura en las halladas cuevas de Altamira en España, entre otras muchas expresiones de la emoción primitiva frente al mundo que le rodeaba y en símbolo permanente de sus internas agitaciones. Pero, con propiedad, la cultura artística que vivimos arranca del renacimiento; por más que, como en las estirpes personales, se vuelva difícil en ocasiones señalar los parentescos.

La magnitud enorme de las obras de arte en la Antigüedad responden a proporciones que exceden a la medida humana, aún agigantándolas en actitudes próceras. Fue la soberbia de los semidioses movilizadores de pueblos de esclavos para su engrandecimiento, que despertó con frecuencia la cólera celeste.

Si te interesa reconstruir imaginativamente las que debieron ser las proporciones sobrehumanas de los monumentos antiguos, podemos acudir a las noticias fragmentarias que nos proporcionan los geógrafos e historiadores sus contemporáneos que los visitaron o escucharon el relato de quienes los vieron ;y a nuestros propios contemporáneos, que abriendo las entrañas sepulcrales de las ciudades destruídas hace varios siglos, las han hecho florecer de nuevo, según los mitos misteriosos y extraños de la arqueología. Así podremos contemplar a Persépolis, trono elevado a la grandeza del Rey de Reyes: que supo fundir y aventar en el desierto los tesoros de Crespo; humillar a los opulentos soberanos de la Media; cumplir los fatídicos designios anunciados en la **Cena de Baltazar**, destruyendo la sin par Babilonia, gloria de la civilización Caldea, y cumpliendo la predicción de Daniel a los Israelitas: vuestro Dios os devolverá a la tierra de vuestros mayores y habréis de reconstruir el templo de Salomón. Nos referimos a Ciro, el descendiente de la estirpe privilegiada de los Aqueménides.

Figurémonos una ancha planicie recostada al pie de erguido macizo de rocas, que forman las últimas estribaciones de la elevada cordillera que cierra el horizonte. En esa planicie, una populosa ciudad, agitada y magnífica, porque recibe de las más apartadas regiones de la inmensa Monarquía y de los pueblos tributarios, riquezas ingentes que alimentan el boato, no repetido en la historia, de los Reyes de Oriente. Enciérranla, por sus tres costados murallas fortificadas en tres circuitos: la primera, de diez y seis codos de altura (al rededor de diez metros) se halla guarnecida de almenas; la segunda, sube al doble de altitud; y, la tercera, alcanza sesenta codos. Dan acceso a su interior numerosas puertas cuyas hojas y batientes se han forjado en bronce, resplandeciendo por tanto al ser tocadas por el sol. Corona la capital y la remata una construcción ciclópea, constituida por cuatro terrazas cimentadas sobre el granito de la montaña, que ha sido duramente mordida por el cincel de sus artífices. El primer terraplén sustenta a los Propíleos: suntuosos vestíbulos para esta grandeza. Los custodian toros alados de seis metros de talla, que desde el primer momento anonadan al visitante. El primor del decorado interno alucina a quien lo mira: por la nobleza del material empleado, lo acabado de su factura y los adornos que le dan realce. El cielo raso es de fragantes y finísimos maderas construido, y se lo ha recamado con incrustaciones de metales preciosos, valiosas piedras y marfil. A la segunda terraza puede subirse por cuatro estupendas escaleras, pero las dos centrales han sido exhornadas con impresionantes estelas en que se representan a lo vivo la marcha solemne de los **doríforos** (guardias privados del Monarca), hasta llegar a la Sala **Hipostila**, cuyo altísimo techo lo sustentan columnas apenas inferiores a las tan ponderadas de Karnak: miden veinte metros y en sus cornizas se repiten el motivo de los toros alados. Joya de este inmenso recinto es la sala del trono. Y si subimos a la tercera terraza, nos encontramos ante la Sala de las Cien Columnas, de diez y seis metros: donde la corte de los Aqueménides resplandecía con todo su fausto. Corona esta montaña de magnificencias el palacio construido para el Soberano. Es deslumbrante abarcar de lo alto, las sucesivas plataformas, donde al lado de las edificaciones a las que nos hemos referido, existen los palacios de la nobleza y de los funcionarios del reino, bos-

quecillos que templan los ardores de las tardes de estío y jardines de magia, no inferiores a los de Chiraz.

Cuando el astro del día hundíase en el ocaso, desde sus moradas perdidas en el llano como breves nidos de avejas, los persepolitanos contemplarían ese trono de quimera elevado hasta las nubes, sobre el que se sentaba la encarnación visible de Ahura Mazda, Ciro el Conquistador. Debió parecerlos cubierto de un tapiz de púrpura con cabrilleantes bordaduras, pues al rojo del granito acompaña el rojo de los ladrillos de las construcciones, y el verde, en los esmaltes de las esculturas y en el follaje.

Cuentan los historiadores que Alejandro de Macedonia —el Grande— que había entrado como vencedor en Persépolis, festejaba su triunfo con espléndido banquete, en que todos sus generales y el propio monarca libaban abundantes bebidas en compañía de las más bellas hetairas de la ciudad y del extranjero; cuando se le acercó una de las más hermosas entre ellas, Thais, y le dijo: ninguna hazaña de las vuestras podría pasar a la posteridad, con mayor gloria para voz y para nosotros, que incendiar esta admirada ciudad. La voz de la sirena hizo eco en el corazón del héroe. El ebrio cortejo dispersóse por las calles prendiendo el inmenso brasero en que se consumió tanta opulencia y orgullo. Así los dioses castigaron la soberbia de los hombres.

La perfección de las creaciones helenas responde a cierta fría regularidad de la belleza distante de nuestras propias imperfecciones; son modelos, y por lo tanto prototipos, no realizaciones sensibles. Lo gótico, ronda así mismo y penetra un mundo suprasensible de místico arrobamiento o de concepción filosófico-teológica. Es para el artista un ideal misterio que le arranca de su equilibrio espiritual para hundirlo en las concepciones abstractas, de elevación diversa, según cada inteligencia, con elaboración inconsciente que mucho tuvo de las exaltaciones drúidicas.

El Renacimiento fundió otra vez los caudales heredados de las antiguas culturas, para rehacerlas a su medida, a la medida del hombre. La Teología de Santo Tomás y el repique de las campanas de lo infinito en el Dante, son confrontados con las enseñanzas de la filosofía griega y romana, para extraer de sus sumos una concepción bastante más realista y crítica, cuales fueron las doctrinas proclamadas por los grandes pensadores renacentistas. Lo gótico pierde su excelencia de transporte y fuga místicas, con sus en-

soñaciones tenebrosas o iluminadas, para someterse al cálculo de las proporciones prescritas por Vitrubio, volviéndose mundanos, no sólo los palacios sino los propios templos, a la manera de foros o sitios de reunión de gentes o de imágenes, según lo sucedido con el concurso de mil trescientas estatuas de la Catedral de Milán, en desfile de atrayentes vanidades. Pero es sobre todo el florecimiento pictórico que en forma y color se traduce —constituyendo por lo mismo la mayor materialización en el arte— el que define la apoteosis cultural del renacimiento italiano. El mismo Jehová deja de ser una abstracción para revestirse de carne y apariencia humana, si bien con excepcional alarde de fuerza y poderío, de majestad y grandeza, en los frescos de Miguel Ángel. Hanse precisado los atributos en conformidad a nuestra naturaleza y habita nuestro propio mundo. Sin faltar incluso lo picaresco y lo risueño, lo irónico y sarcástico en las representaciones religiosas. El idioma renacentista en la Península es el de Petrarca, Maquiavelo, Bocaccio.

E.—¿Es que tu encuentras excelencia mayor en el arte humanizado que en las simbólicas expresiones del pensamiento? Y ¿No es el simbolismo la síntesis y capitalización de las experiencias humanas, algo como si dijéramos la quinta-esencia de lo humano?

Yo.—No he querido calificar excelencias. Únicamente los encuentro distintos, y con predilección en los tiempos nuestros por lo concreto y realista. Pese al surrealismo y a los desvaríos del arte denominado abstracto; la orientación de nuestra cultura es positivista, no obstante el convencionalismo de que con frecuencia se le quiere revestir. Incluso las artes más espiritualizadas y aquellas en que el tono vital es inaprensible, no pierden en este siglo su contacto con la tierra y su vuelo iníciase a partir de este mundo: la música que ha atravesado por los grandes períodos de la conquista de la armonía y el contrapunto, de las dificultades técnicas y de orquestación, en nuestros días es cada vez más colorista y descriptiva. La pintura abstracta lleva en sí el intento de fijar, por la línea y el matiz, una idea; sin comprender que ella es sustancia viviente a la que cualquiera inmovilidad la mata y diseca. A la tendencia abstraccionista le ha faltado lo que fue mérito indiscutible del simbolismo: esa actividad y efusión estimulante, contagiosa y de insinuación, en cuyo empeño estuvo el de prestar motivos a la interpretación de cada cual. Verdadero mérito su-

gerente el de la obra de arte cuando no traspasa un cierto límite de posibilidades ni es desorbitada y caótica que a la manera de las ideas innatas de Platón, son prototipos y moldes dispuestos para recibir el oro, el hierro o el bronce de cada pensamiento y sensibilidad. Los detonantes colores que con frecuencia se emplean, son redobles de tambor de una danza fulminante; y la triangulación de los objetos un medio incipiente de intelectualizar las formas de la realidad.

El.—¿Tu crees que el arte vive por sí y en sí y no en mérito de los propósitos que lo anima? ¿Es su principio y fin? ¿Nace y se realiza sin que lo demás le afecte y contagie?

Yo.—Has planteado cuestiones muy discutibles y discutidas y que, sobre todo pocos lustros antes de ahora, apasionaron a los realizadores de las conquistas más nobles de la sensibilidad, formulándose bajo el principio del arte por el arte, para algunos de ellos. Hoy ha perdido mucho de su vigencia, sustituyéndola la disputa que dice: el arte para las élites, o para el empleo, perfección y goce populares. En realidad estos planteamientos no afectan, sino de manera indirecta, a la naturaleza de la realización artística, pero acaso sí a su eficacia creadora de un destino y a su permanencia; dicen relación al objeto mismo perseguido y al papel social que corresponde. Y con este sentido vamos a pronunciarnos sobre esos problemas.

La composición practicada sin propósito distinto que ella misma, para satisfacción y encanto del artista, no debe ser colocada entre las mayores realizaciones sociales. Hay una ética para el ciudadano, que le impone determinados deberes. Las capacidades adquiridas sobre todo que son dones sociales— y también las congénitas, llevan consigo algunas obligaciones que se han de cumplir. Pues en las sociedades adelantadas, las bellas artes han de responder a necesidades colectivas, y no al mero exceso de actividades disponibles que deben ocuparse en algo, según afirman los etnólogos que sucede en los pueblos primitivos. La satisfacción efímera de la mera contemplación de la obra, es mezquino ejercicio para los subidos dotes de los grandes forjadores. Toda egoísta plenitud y el narcisismo contemplativo de las propias perfecciones, deben estar proscritos en nuestros regímenes sociales que requieren del hombre más y más, colaboración útil.

Aún la mera alegría y entusiasmo que se provoca en los demás con la contemplación del trabajo logrado, que

nada enseña ni perfecciona procedimiento alguno, no completa el deber del artista, a quien le toca ser maestro y guía de los avances culturales de sus contemporáneos. A pesar de ello, en la tormentosa vida que nos rodea, en nuestro mundo que al borde de la desesperación se debate, no es de despreciar este escape a nosotros mismos que puede ser la realización artística; pues todo intento de aligerar nuestra existencia volviéndola llevadera y un poco frívola, representa el alivio a una humanidad acosada por tantas tensiones. Es la fuga del cautivo que ponga alas de luz a su imaginación, para abandonar por pocos instantes el pozo de su cautiverio. Pero el hombre íntegro y cabal será quien busque con sus esfuerzos, avance y progreso continuos.

Con todo, de lo dicho no debemos concluir que cuanto se haga o intente, deba ser en vista de un servicio público dirigido a las grandes masas, ni que se ha de imponer al artista esa especie de democratización que habrá de colocarlo de continuo y directamente en contacto con el pueblo. Mantener ese criterio sería paralizar la producción, volverla pesada y lenta en su recorrido triunfal. Las mayorías, hoy por hoy, no son capaces de apreciar las conquistas más refinadas y altas de la mente o de la sensibilidad, y por mucho que se llegue a cultivarlas y mejorarlas, jamás podrán seguir el ritmo acelerado de las inteligencias privilegiadas o las emociones de seres de excepción. Incluso entre sus propios compañeros de faena, no rara vez es incomprendido el innovador, sobre todo si es muy alto el contenido de sus ensayos, dándose el caso innumerable de los precursores que fueron desconocidos por sus contemporáneos, aún por los mejores. No es siempre la envidia la que persigue y cerca al bien dotado. Por eso, conviniendo en que las Repúblicas han de fomentar sobre todo el arte que llegará a las mayorías y ha de ser el cultivo de su mente y de su sensibilidad; no puede, no debe poner resistencias a las capacidades excepcionales en su marcha hacia encumbrados destinos, sino por el contrario, estimándolas como un tesoro, les ha de guardar y propiciar en sus empeños. Ellas están fabricando el porvenir, a veces con durísimos sacrificios por su parte, en levantamiento y prestigio de las masas ciudadanas retrasadas.

El.—Pero, en esencia y sustancia, ¿qué es el arte?

Yo.—En grave conflicto me pones al exigirme una definición, pues ese nombre corresponde a numerosas mani-

festaciones de la actividad humana. Sin embargo hay un elemento común que pertenece a todas ellas y las califica: es la habilidad y aptitud de hacer. El pensamiento que se transforma en obra y no queda en el mero campo intelectual. Por eso su dominio es tan extenso como los varios órdenes de la actividad; sólo que esa actividad ha de ser inteligentemente dirigida para poderla calificar de artística. La artesanía con sus realizaciones populares pertenece a su grupo, con el mismo título que las obras más subidas del ingenio. Nosotros por ahora vamos a dedicar nuestra atención a las bellas artes.

Veamos los elementos que concurren a efectivizarlas.

Todo acto inteligente del hombre se engendra en cierta concepción y alumbramiento de posibilidades para exteriorizarla. Continúase por la decisión del agente de llevar a la práctica lo concebido y realizable, según los medios dispuestos a su alcance. Si bien para que se produzca el propósito hace falta un grado cualquiera de emoción, capaz de sacar al sujeto de su pasividad y convertirlo en el realizador. He ahí la conducta decidida, tanto más impulsiva y avasalladora, cuanto mayor dosis emotiva lleva consigo. Por último, ya anuncié que la obra se ejecutaba con el concurso de la aptitud de forja y cumplimiento: habilidad del artífice.

Cada uno de los elementos concurrentes en este drama de la producción artística, puede ser de baja calidad, mediano o alto mérito. En particular su alcurnia la considero en relación directa del pensamiento que la concibió; luego, en razón de la intensidad o delicadeza de las emociones a que responde; y, en último término, de la eficacia del instrumento empleado y de la perfección de su empleo. De ordinario se transpone el orden de esas concurrencias, señalando el mérito primordial para las exterioridades. Es que el público al apreciar el suceso mental sigue camino opuesto al de su forja, rara vez ahondando e inquiriendo por las fuentes de donde emana. Por último, es defecto infantil y senil de las sociedades donde se produce el fenómeno, el lujo de oropel de las formas desdeñando las sustancias. Así nacen el preciosismo y la banalidad en las realizaciones.

El.—¿Cómo conquista el hombre los atributos que lo conviertan en gran artista? ¿Es posible que los adquiera o son innatos e insuperables?

Yo.—El factor hereditario es indiscutible en todos los

órdenes de las existencias orgánicas, y su fuerza de determinante, extraordinaria. Con todo, sabemos que la herencia se da condicionada por las circunstancias que rodean al individuo, de manera que sus resultados son de tal sentido o de tal otro, según el ambiente que le circunde. Es evidente que a quien la naturaleza negó cualquier aptitud en determinado sentido, nadie puede conferirle. Pero las mejores disposiciones naturales fracasarán si el íntegro ámbito vital que le rodea se concita contra él, o por lo menos se desviará hacia otras aplicaciones que no son las óptimas de su destino. He ahí como la educación puede permitirnos desarrollar aptitudes ocultas en la persona.

El.—¿Es eso lo que se designa como investigación vocacional?

Yo.—Sí y no. Puede ser, cuando el maestro a más de inquirir y procurar poner en evidencia las aptitudes del discípulo, trata de calificarlas en el sentido de su empleo. Pero lo ordinario es que los estímulos se den sin intención determinada, dejándolos su obrar espontáneo sobre las aptitudes latentes. Labor estupenda del maestro sería aquella del sondeo inteligente de las inclinaciones, para iluminar una conciencia y perfilar su destino. Pero ello se halla condicionado por circunstancias difíciles de obtener: 1º Exige calidades humanas muy raras de conseguir, constituídas por un gran espíritu de sacrificio y el acendrado amor para el discípulo, de modo de seguir paso a paso y en afectuosa vigilancia sus reacciones, de donde se inducirán sus tendencias. Semejante diario examen, acaso pueda realizarlo el padre de familia o un servidor especialmente dedicado a cuidar del joven. 2º Esa no será la condición en que se halle el profesor que guíe a un grupo de alumnos, aún cuando fuera reducido, mucho peor si el curso es numeroso. 3º Hace falta además facultades de penetración extraordinaria para acertar con la efectiva vocación sin ser sugestionado con apariencias engañosas. 4º Hay el peligro, en las equivocaciones cometidas por los conductores, de impresionar e incitar al joven ilusionándole con falsas perspectivas a elegir determinada carrera, aquella cuya afición es la del maestro y no la del discípulo. El sistema de **tests** ha venido a sustituir a las antiguas charadas, no siendo de mayor valor que el juego infantil de nuestras abuelas.

El muchacho ha de ir formando, por sucesivas experiencias, los estados de ánimo que revelen sus inclinaciones.

Si ellos mismos no se sienten capaces de discernir sus preferencias, con dificultad lo harán los extraños, excepto en contadas ocasiones. Me parece preferible un error propio del sujeto en la elección de su carrera, que el sugerido por el profesor, que será más durable y por lo mismo más pernicioso en las consecuencias.

El.—A tu entender ¿cuál sería el método oportuno para despertar las aptitudes artísticas del muchacho?

Yo.—Lo primero es hacer la referencia con exactitud: ¿Se trata de quien va en busca de una carrera artística o de quien recibe en el Colegio una incitación en tal sentido? Refirámonos por ahora a esta segunda circunstancia.

Más de una vez he dicho, como el establecimiento secundario de humanidades modernas, debe tener para nosotros por finalidad, preparar ciudadanos cultos y en aptitud de elegir cualquiera de las especialidades que la vida actual le presenta, a medida de sus propias inclinaciones y atributos. De aquí se desprende que la visión de conjunto para el bachiller, será algo así como un mapa en relieve de las existencias, donde se descubran las numerosas orientaciones entre las que pueda elegir. Por eso que tengan su puesto y lugar también las iniciativas artísticas, en la formación del educando. Aclaro el pensamiento: en verdad todas las ramas del conocimiento y de la ciencia que se imparten en el bachillerato, debieran dictarse en calidad de iniciación, cuyo contenido es el de apuntes y nociones generales. Las bellas artes hoy tienden a ser ocupación seria y no mero devaneo imaginativo, con el sentido en todo caso de mejoramiento del hombre; de la misma que las ciencias más áridas visten casacas de luces para dar un tono amable a sus enseñanzas.

¿Cómo cumplirá su recomendación el profesor de estas materias en el Colegio? No siendo la habilidad técnica profesional la que le toca desarrollar en el alumno, no ha de cfanarse por enseñarle procedimientos ni realizaciones—que corresponde a escuelas especializadas— sino en despertar emociones e ideas, conservadas como el cofre cerrado en la obra maestra. El conocimiento del arte como belleza de las formas y expresiones sólo se darán con el objeto de conmover estados afectivos traducibles en concepciones. Por lo cual va a seguirse el camino contrario al de la creación del objeto artístico, a la que nos hemos referido antes. El sistema utilizable sería, a mi juicio, presen-

tar el trabajo realizado a la contemplación del discípulo —reproducciones de cuadros, estatuas, piezas musicales etc.— como excitantes de la sensibilidad. En los temperamentos bien dispuestos para ello, se producirán estados emotivos, de intensidad diversa, y a través de ellos brotará para cada cual una concepción o una idea. No para todos se cumple el íntegro ciclo retrospectivo: unos, tienen la pura sensación del objeto visto; otros, se sienten entusiasmados por él, pero no llegan a traducir sus cambios afectivos en concepciones; mientras que los mejores realizan la obra creadora en lo íntimo de su conciencia, actividad anímica a la que yo califico de sentimiento: concepción mental aureolada de intenso matiz afectivo—. Cada uno de estos momentos debe ser esclarecido, puestos a plena luz por las explicaciones del Profesor. El maestro viene para ayudar a completar esos procesos, hasta donde sea posible. Sus explicaciones, en cierto sentido, **re-crean**, y, siempre, educan; sin dejar de ser sólo auxiliares y esclarecedores del estado o estados de conciencia provocados por la obra de arte. No temo insistir en un reclamo ya muchas veces dirigido a los pedagogos modernos: reivindicuemos el mérito sin segundo que a la imaginación corresponde en las varias operaciones mentales, no sólo del artista, sino del científico y del realizador. Entre nosotros hemos venido secando de continuo y con porfía esta fuente maravillosa de perfeccionamiento del hombre, volviéndolo seco, petulante y egoísta.

Por cuanto se ha dicho el método a seguirse en la enseñanza sería: la selección del material didáctico, siguiendo el procedimiento racional que vaya de lo más fácil y comprensible, a lo de más difícil técnica. Luego, el análisis de los elementos concurrentes.